

## Tucumán: memorias de un “necrolugar”

*Tucumán: memory of a “necroplace”*

Carolina Meloni González <sup>a</sup>

### Resumen

El presente artículo realiza una genealogía política de las secuelas simbólico-materiales que tuvieron tanto el Operativo Independencia como la dictadura militar en la provincia de Tucumán. Entendida por los militares como un verdadero “teatro de operaciones”, la provincia se vería sometida a un estado de excepción sin precedentes, lo que la convertiría en el laboratorio de pruebas de las metodologías genocidas que se aplicarían en el país una vez sobrevenido el golpe de estado. Por ello, para analizar el caso concreto de esta provincia, proponemos el concepto de “necrolugar”, en el sentido de una zona concreta en la que la muerte y el terror sirvieron como herramientas y dispositivos para desestructurar la sociedad argentina. A la luz de estas cuestiones, una primera parte de este artículo estará

### Abstract

This article makes a political genealogy of the symbolic-material consequences that both the Operation Independence and the military dictatorship had in the province of Tucumán. Understood by the military as a true “theater of operations”, the province would be subjected to an unprecedented state of emergency, which would make it the laboratory for testing genocidal methodologies that would be applied in the whole country once the coup d’état occurred. Therefore, to analyze the specific case of this province, we propose the concept of “necrolugar”, in the sense of a specific area in which death and terror served as tools and devices to deconstruct Argentine society. To answer these questions, the first part of this article will be devoted to analyzing the use of terror as a device of

<sup>a</sup> Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación. Universidad Europea de Madrid. Calle Tajo s/n. Villaviciosa de Odón (Madrid, España). Correo electrónico: melonicarolina@yahoo.es.

dedicada a analizar el uso del terror como dispositivo de control y dominación social. Seguidamente, abordaremos las modificaciones espaciales, cotidianas y simbólicas que supuso la ocupación militar a la que se vio sometida la provincia de Tucumán. Desde ellas, se interrogará por las posibles huellas mnémicas que estos necrolugares contienen en su interior y que necesariamente proyectan hacia nuestro presente.

**Palabras clave:** Dictadura Argentina; Memoria traumática; Genocidio; Geografías del terror; Espacios de violencia.

control and social domination. Next, we will address the spatial, daily and symbolic modifications that the military occupation executed to submit the province of Tucumán. From there it will be questioned about the possible memory traces that these *necrolugares* contain within them and that they necessarily project towards our present.

**Keywords:** Argentine dictatorship; Traumatic memory; Genocide; Geographies of terror; Spaces of violence.

## 1. "Clinamen": anatomía de una catástrofe

"¿Es Tucumán otro país o se trata [...] de una geografía espejada y agorera que devuelve la imagen nítida de lo que tiempo más tarde será el país entero?" (López Echagüe, 1991, contratapa).

"El clinamen es la condición más pequeña concebible para que una turbulencia comience a formarse" (Serres, 1994, p.22).

Resulta sumamente importante la diferencia casi política que el psicoanálisis ha sabido marcar entre las catástrofes naturales y las llamadas "sociales". El propio Freud indicaba que las primeras, a pesar de las desestructuraciones y daños que pueden ocasionar en una comunidad concreta, siempre acaban por regenerar y reforzar los lazos de solidaridad entre los individuos que las han padecido. Numerosos ejemplos poseemos a lo largo de la historia de la humanidad en la que tras terremotos, inundaciones, huracanes y demás castigos que pueden sobrevenirnos de la naturaleza, los hombres y mujeres se ayudan entre ellos, afianzando los vínculos que nos hacen más humanos, haciendo gala de las conductas éticas más dignas y asombrosas. No ocurre lo mismo, sin embargo, con aquello que se ha denominado "catástrofe social", la cual posee una continuidad evidente con la catástrofe psíquica, sobrevenida cuando nuestros muros contenedores de lo traumático se hacen ineficaces y la negatividad invade nuestra existencia, sin que podamos controlar el derrumbe que se avecina. Similar a este quiebre individual, también la catástrofe social conlleva un aniquilamiento, una ruptura profunda, una fractura, pero en este caso en el orden de los sistemas simbólicos, imaginarios y políticos que las instituciones sociales han establecido como hegemónicos. La catástrofe social desestructura el mundo, nuestro mundo, aquel que una comunidad concreta construye, permitiendo con ello que sus miembros puedan reconocerse en ella, sentirse acogidos, reconocidos, protegidos tanto por sus seres más cercanos como por las propias instancias políticas o estatales que se erigen en garantizadoras de nuestra integridad.

Debemos a Janine Puget y a René Kaës (2006) uno de los análisis más certeros en torno a las catástrofes sociales sobrevenidas en el seno de un Estado que se torna violento y genocida. Precisamente, para los autores, hay que insistir en el hecho mismo de la violencia, dado que "la violencia ejercida por el Estado es paradigma de la violencia social, puesto que aquellos encargados de proteger e imponer la ley son justamente quienes detentan un poder mortífero" (Puget & Kaës, 2006, p.26). Es entonces cuando la catástrofe se produce y la desarticulación tiene lugar. Todo aquello que podía resultar familiar, seguro y acogedor tanto para un individuo como para un grupo social se convierte, de manera repentina y autoritaria, en amenazante, incomprensible e irracional. De este modo, las relaciones sociales mutan,

los códigos simbólicos se vuelven ominosos, la lógica de la sospecha y el miedo hacen mella en poblaciones sitiadas y cercadas. En un estado de continua amenaza, las ciudades, las calles, las plazas, incluso las propias casas y hogares adquieren un halo de inseguridad y de incertidumbre hasta entonces desconocidas. Es por todo ello que, tal y como afirman las autoras citadas, podemos definir la última dictadura militar argentina como una verdadera catástrofe social, en las que las metodologías del terror, los dispositivos desaparecedores, así como la violencia más obscena fueron algunas de las herramientas desestructuradoras utilizadas para aniquilar, desde sus cimientos, a la sociedad argentina. Y en la genealogía histórica de esta catástrofe, la provincia más pequeña del país, la provincia de Tucumán tuvo, tristemente, un papel protagonista.

En contados días la ciudad se convierte en un cuartel, en un singular Jardín por el que deambulan hombres uniformados cargando indistintamente fusiles, escobas, baldes o tucumanos. Porque los pobladores comenzaban a desaparecer. De la noche a la mañana. Bajo el sol, los militares hermo세aban la geografía; bajo la luna y sus influjos, llevaban a cuestras cuerpos encapuchados e indefensos que posteriormente habrían de abovedar (López Echagüe, 1991, p.172).

En solo pocos días, esta humilde provincia se vio sometida a una terapia de shock<sup>1</sup> de tal calibre, que sus consecuencias y heridas aún son visibles en la sociedad tucumana. La provincia es literalmente sitiada, ocupada territorialmente, cercada y tomada por los militares en ese conocido operativo que serviría como laboratorio de pruebas de aquellas metodologías del terror y tecnologías represivas utilizadas posteriormente en el resto de provincias argentinas. Un año antes de que la catástrofe social se instalara de manera definitiva en todo el país, los primeros síntomas de ella comienzan a hacerse visibles en Tucumán, sometida a un estado de excepción sin precedentes. En palabras de Acdel Vilas, responsable primero del Operativo Independencia, por sus características sociales, económicas, políticas e incluso geográficas, Tucumán debía considerarse como un verdadero “teatro de operaciones”. A golpe de decreto, Vilas asume su misión megalómana, bajo la consigna de “neutralizar y/o aniquilar” a los elementos subversivos que atentaran contra la seguridad del estado. La situación en esta pequeña provincia es considerada, por tanto, como de extrema gravedad y, como si de un verdadero cuerpo enfermo se tratara, la maquinaria genocida se puso en marcha para eliminar de raíz el flagelo que amenazaba con extenderse a todo el país<sup>2</sup>.

Gracias a las investigaciones que se han realizado de este periodo de la historia argentina, hoy sabemos que el Operativo Independencia requiere ser abordado desde su propia complejidad. Tanto es así, y debido a sus numerosos objetivos y funciones, que algunos

investigadores prefieren remontarse a los años previos a febrero de 1975. Por ejemplo, el Grupo de Investigación sobre el Genocidio en Tucumán (GIGET), afirma en este sentido:

El Operativo Independencia es un fenómeno complejo que no se ajusta a la difundida definición que lo reduce a una "incurción militar previa a la dictadura". Como todo acontecimiento histórico, condensa distintos procesos de corta, mediana y larga duración que se desarrollan a escala local, nacional y mundial [...] El Operativo Independencia no "inaugura" la represión, sino que se monta sobre una serie de hechos previos como el asesinato de luchadores populares, las prácticas de torturas, la desaparición de activistas y la legitimación de la figura del "subversivo" (Cruz, Jemio, Pisani & Monteros, 2010, pp.2-4).

Sobre la base de la aniquilación como metodología de desestructuración a la par que de reestructuración social, según GIGET, el Operativo se instaura con una serie de funciones polivalentes: es utilizado como laboratorio de pruebas para las fuerzas represivas; sirvió a nivel simbólico para generar y modelar el consenso social en torno a la idea del enemigo interno que era preciso eliminar; y supuso la puesta en marcha definitiva de la maquinaria aniquiladora con todos sus componentes (secuestro, tortura, asesinato y desaparición) concentrados en la figura del Centro Clandestino de Detención (Cruz et al., 2010, pp.5-6)<sup>3</sup>. Profundizando en estas funciones polivalentes que tuvo el Operativo tanto a nivel provincial como nacional, Santiago Garaño retoma la definición de Vilas (1977) sobre esa zona de emergencia entendida como "teatro de operaciones" y realiza una lectura simbólica de ese "imaginario represivo" que supuso "el monte" tucumano como núcleo neurálgico de la batalla librada contra la guerrilla (Garaño, 2016, p.9). En este sentido, para Garaño:

Las formas de la represión desplegadas en el "teatro de operaciones" del Operativo Independencia no sólo presentaron una faceta destructiva –ya que buscaron aniquilar toda forma de disidencia política– sino que también tuvieron una faceta productiva: las Fuerzas Armadas asumieron la tarea de disciplinar a la sociedad tucumana. Ello así porque la provincia de Tucumán no sólo había sido el espacio donde se había asentado un frente de guerrilla rural; desde el cierre de once ingenios azucareros en 1966, se había convertido en un espacio de fuerte conflictividad política y sindical y de alta movilización política. Por lo tanto, los límites entre la represión política y social son difusos (es decir, la violencia de Estado no se ha circunscripto a los acusados de pertenecer a la guerrilla), ya que el terror atravesó todo el tejido social del sur tucumano y buscó producir una nueva hegemonía en las relaciones sociales (Garaño, 2016, p.18).

De este modo, podríamos afirmar sin vacilar que Tucumán fue el inicio del exterminio.

Tuvo el triste protagonismo de ser el comienzo de la catástrofe. En esta pequeña, castigada y empobrecida provincia, con sus paisajes selváticos y montañosos, con sus campos monopolizados por la caña de azúcar, se iniciaron los primeros temblores de esa turbulencia que recorrería la Argentina a partir del año 1976. Y no fue en absoluto arbitrario que así fuera, no fue azaroso que fuera en Tucumán donde se iniciara ese “clinamen”, ese desvío imprevisto desde el cual todo se forma o se viene abajo. Tal y como señalan Isla y Taylor, las tradiciones contradictorias han marcado la historia de esta provincia, en la que han convivido la sumisión y el conservadurismo más tradicionalista y recalcitrante con el espíritu combativo, la lucha y la conciencia por la injusticia social (Isla & Taylor, 1995, p.319)<sup>4</sup>.

En la estela de dichos temblores o sacudidas, el presente trabajo pretende realizar un análisis de las metodologías del terror utilizadas por los militares argentinos durante la última dictadura desde una perspectiva concreta: la producción de lugar y las modificaciones espaciales, materiales y simbólicas, que tuvieron lugar en la provincia. Este artículo se enmarca en una investigación previa, iniciada en el mes de julio del año 2018, en la que junto al fotógrafo Juan Pablo Sánchez Noli, pude visitar distintos lugares de la provincia de Tucumán que fueron utilizados como engranajes de la maquinaria del horror y de la desaparición de personas. Durante varios días, acompañados por arqueólogos, geólogos, peritos y distintos miembros de los diferentes equipos de investigación que trabajan en la provincia<sup>5</sup>, pudimos acceder a célebres centros de detención clandestina, como es el caso de la Escuelita de Famailá, el Arsenal Miguel de Azcuénaga y la antigua Jefatura de Policía, así como a fosas e inhumaciones clandestinas que sirvieron como lugares de ocultación, enterramiento o arrojamiento de cuerpos de los detenidos desaparecidos, tal es el caso del conocido pozo de Vargas. El resultado de este periplo quedó plasmado en el artículo titulado “Fenomenología de un necrolugar. Huella, memoria y trauma en la provincia de Tucumán (Argentina)”<sup>6</sup>. Asimismo, gracias al trabajo de Sánchez Noli, hemos podido armar un registro fotográfico de nuestro paso por estos lugares. Algunas de estas fotografías servirán en este mismo artículo como apoyo de las tesis defendidas.

Muchas de las cuestiones planteadas en el artículo citado serán retomadas en este, ampliando en ocasiones algunos conceptos y enfoques. La principal de ellas es la referente a la producción y transformación del lugar. Propuse, entonces, el concepto de “necrolugar” para definir aquellos emplazamientos en los que se produjo muerte de manera planificada, siendo parte de una tecnología genocida concreta. Laten en este concepto tanto el “necropoder” de Achille Mbembe (2011) y su acertada lectura del biopoder foucaultiano, como los “espacios de muerte” del antropólogo M. Taussig (2002), para quien determinados espacios sociales son investidos por una cultura del terror, cuyo objetivo no es otro que el control y el disciplinamiento social. Asimismo, he intentado aunar en este complejo concepto otras

reformulaciones, como es el caso de los llamados "paisajes del miedo" analizados por autores como U. Oslender (2009), P. Colombo (2017) para el propio Tucumán, o P. Ferrándiz (2014) y "los paisajes aterrorizados", que le han servido para abordar el caso español y las fosas franquistas.

El principal objetivo, por tanto, de este trabajo es analizar el caso concreto de Tucumán desde la perspectiva de un necrolugar, esto es, de una zona concreta en la que el uso del terror como metodología y tecnología genocida fue implementado antes incluso que en el resto de la Argentina. Bajo el supuesto de que un régimen dictatorial, para ser eficiente, necesita modificar los espacios reales, geográficos, cotidianos y simbólicos que habitamos, abordaré el caso concreto de Tucumán a la luz de las transformaciones materiales y espaciales que se produjeron a lo largo de su geografía: desde la modificación real de espacios cotidianos que fueron resignificados por el terror (escuelas, ingenios y demás lugares que cumplían diversas funciones y que comenzaron a funcionar como centros clandestinos de detención); hasta la zonificación, clausura, delimitación de espacios, control de flujos y tabicación de rutas, barrios, pueblos del interior de la provincia, etc. Afirmaba Foucault, que tanto los dispositivos disciplinarios como los de seguridad funcionan como una gran maquinaria de arquitecturización del espacio (Foucault, 2009). Los primeros trabajan sobre espacios vacíos, que se van construyendo de manera completa por la disciplina misma; los segundos, por el contrario, tienen como objetivo datos materiales (control de espacios, de desechos, aguas, carreteras, flujos comerciales, etc.). En este sentido, podríamos preguntarnos, por el tipo de modificaciones, operaciones y cambios espaciales que produce un dispositivo del terror. ¿Cómo es investido, resignificado y alterado el espacio y el lugar de aquellas poblaciones sobre las cuales se ejerce una violencia desmedida? ¿Qué tipo de huellas y de resonancias poseen estas modificaciones en los sujetos que las sufren? Al intervenir de manera violenta en los espacios que habitamos, ¿cómo se modifica no solo la percepción que tenemos de los mismos, sino, incluso, la percepción de nosotros mismos?

A la luz de estas cuestiones, una primera parte de este artículo estará dedicada a analizar el uso del terror como dispositivo de control y dominación social. Seguidamente, abordaremos las modificaciones espaciales, cotidianas y simbólicas que supuso la ocupación militar a la que se vio sometida la provincia de Tucumán. Desde ellas, se interrogará por las posibles huellas mnémicas que estos necrolugares contienen en su interior y que necesariamente proyectan hacia nuestro presente. A lo largo del texto, se irán intercalando algunas de las fotografías realizadas en los distintos centros clandestinos de detención, tortura y exterminio de la provincia de Tucumán que visitamos.

## 2. Sucedió ayer en Tucumán<sup>7</sup>: miedo, terror y control social

“La sensación al estar en esos pueblos es que... los ojos de los verdugos entraban en la propia casa, se dormía con ellos, se moría con ellos, no existía el espacio público y el privado; además que casi todos habían sido torturados. Los ruidos corrientes de la noche -los insectos, los pájaros nocturnos, los batracios- se habían transformado en gritos, alaridos, maderas quebradas, estallidos de puertas, de vidrios, quejidos sordos, ir y venir de motores; de repente frenadas, órdenes, risotadas, en el más lúgubre silencio.” (Isla & Taylor, 1995, p.325).

Aquellos lugares, espacios o emplazamientos en los que se conservan, aunque sea de manera subterránea, las huellas de un pasado traumático, pueden definirse, según Ferrándiz, como paisajes del terror o aterrorizados. Dichos paisajes fueron diseñados expresamente “para la parálisis política, social, económica y emocional” de determinadas poblaciones (Ferrándiz, 2014, p.191). En el caso de Tucumán, cualquier recorrido tanto por la ciudad como por el interior de la provincia, puede llevarnos sin que nos demos cuenta a un pasado no tan lejano, en el que el terror estaba continuamente presente. Basta con recorrer la ruta 38, hacia el sudeste de la provincia, para detectar las huellas que ese siniestro diseño materializó en muchas de las poblaciones que se esparcen por la misma.

Son numerosos los autores que han abordado de manera magistral el uso del terror como instrumento de desestructuración social. En el caso argentino, concretamente, el uso arbitrario de la fuerza, la violencia extrema, la ocupación territorial y militar de determinadas poblaciones, hizo posible que proliferara un terror difuso e inaprensible que, paradójicamente, estaba presente y se manifestaba de manera continua. Por ello, Pilar Calveiro insiste en la necesidad de diferenciar entre miedo y terror, siendo este último de una dimensión e intensidad diferente al primero (Calveiro, 2004, p.38). Para Calveiro, el poder de muerte y desaparición que ejerció la última dictadura estuvo basado fundamentalmente en una diseminación del terror, cuyos efectos más inmediatos son la incapacidad de hablar y la inmovilidad (Calveiro, 2004, p.26). De este modo, la capacidad coercitiva y paralizadora del terror fue parte de la estrategia de poder utilizada, siendo el dispositivo desaparecedor la herramienta más eficaz para su propagación a gran escala.

El terror se expande gracias a la arbitrariedad, a la incertidumbre, a la desestructuración de las comunidades. Se impone ocupando poblaciones, controlando de manera continua a sus habitantes, instaurando una lógica de la sospecha entre ellos<sup>8</sup>. Así, se “utilizó su derecho arbitrario de muerte como forma de diseminación social del terror para disciplinar, controlar y regular una sociedad cuya diversidad y alto nivel de conflicto impedían su establecimiento hegemónico” (Calveiro, 2004, p.35). Ese terror virtual y difuso supo actualizarse en centros clandestinos de detención, en escuelas, en modalidades de tortura, en pueblos enteros que



fueron tomados y cercados. Incluso, fue capaz de apoderarse de la vida y de la muerte, utilizando todo tipo de *thánato-estrategias* para dominarlas, gestionarlas, violentarlas, hasta desaparecerlas.

Según el conocido informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, "Nunca más", Tucumán tuvo el lamentable privilegio de ser el primer lugar de toda la Argentina en el que comenzaron a utilizarse las dos de las figuras clave en la expansión del terror: el Centro Clandestino de Detención y, como consecuencia del mismo, el detenido-desaparecido (Figura 1). Respecto a esta última, sin embargo, el Informe no recoge su verdadero origen. Para encontrarlo, debemos remontarnos a décadas anteriores incluso del propio Operativo Independencia y recorrer esas mismas poblaciones del interior de la provincia en las que el terror se materializaría a grados inconcebibles<sup>9</sup>.

**Figura 1:** Escuelita de Famaillá, entrada. Tucumán inaugura el primer CCD del país: la Escuelita de Famaillá, que funcionó de 1975 hasta 1976. Más de mil personas pasaron por sus dependencias. Rodeada de viviendas, los vecinos de la zona relatan haber visto y oído todo lo que allí sucedía. La localización de centros clandestinos en el centro de las ciudades demuestra que la visibilización y la no ocultación del genocidio formaban parte del mismo como metodología destinada a amedrentar y paralizar a los ciudadanos. Incluso, a partir del año 1977, se inaugura la Escuela primaria Diego de Rojas, en la que se utilizaron las dependencias del centro clandestino. Las mismas aulas que sirvieron para la reclusión, incluso como salas de tortura, alojaron al poco tiempo a niños de la zona que acudían a la escuela. Muchos de ellos, relatan haber visto distintas huellas del horror allí cometido (como manchas de sangre en paredes, marcas realizadas por algunos detenidos; restos del centro clandestino que no han podido borrarse ni con varias capas de pintura).



Y, si bien, el terror fragmenta, desestructura, arrasa, no solo funciona de manera negativa: el terror también produce, genera subjetividades, nos hace ver y visibiliza<sup>10</sup>, generando toda una cultura del miedo cuyos ecos tienen en la sociedad su mayor caja de resonancia (Calveiro, 2003, p.124). En este sentido, afirman Isla y Taylor:

Los militares lograron, al menos en algunas ciudades y caseríos [...] de la Ruta 38, extender la tortura y sus efectos al conjunto de la población. Todos fueron considerados inicialmente sospechosos y colaboradores de la guerrilla, y desfiló por “la escuelita” virtualmente toda la población. La “cámara de tortura”, con sus características tradicionales, secreta, oscura, húmeda y sin escape, fue extendida al conjunto del poblado: fue pública, diurna, masiva. El efecto de la extensión de la cámara de tortura se relaciona con la implantación y génesis de una cultura del terror con su propio espacio de muerte (Isla & Taylor, 1995, p.323).

El terror político, esta amenaza ejercida de forma continuada sobre poblaciones enteras, provoca de manera planificada el miedo, gestiona sus efectos y afectos: nos hace ver, hablar, callar. El terror se apoderó de la sociedad argentina a base de cortes de luz y de carreteras, de comunicados radiofónicos, de operativos militares, allanamientos y controles constantes de casas, barrios, escuelas y trabajos. Las ciudades fueron, literalmente, tomadas, cercadas, sitiadas. Y todos, absolutamente todos los rincones, se transformaron en emplazamientos hostiles y amenazantes. De este modo, se fueron fraguando los “lugares aterrorizados”, “los paisajes del miedo”, “los paisajes genocidas y traumatizados” (Ataliva et al., 2015, p.195). La manifestación más palpable de ese “terror amorfo y sin cara” (Dürr, 2017, p.68) fue la organización del espacio, la intervención directa en el lugar: la cotidianeidad fue transformada a grados irreconocibles y la tradicional frontera entre la vida y la muerte se volvió tan permeable y porosa que se hizo difícil diferenciar la una de la otra. Así, por ejemplo, las personas podían ser secuestradas en cualquier momento y lugar; los allanamientos se producían incluso a plena luz del día, en centros de trabajo, universidades, bares, hasta en transportes públicos; muchos centros clandestinos se instalaron sin ningún pudor en núcleos urbanos, ante la mirada o el oído de los vecinos; incluso los cuerpos de personas con evidentes signos de tortura aparecían, algunos desnudos, maniatados o desfigurados, en plazas, ríos, carreteras o descampados (Figura 2).

Para el análisis de esta arquitectura del terror, resultan imprescindibles las categorías formuladas por Ulrich Oslender para estudiar los fenómenos geográfico-espaciales que se producen en aquellas sociedades que han sufrido un tipo de violencia determinada (Oslender, 2008). El propio Oslender nos propone una definición muy acertada de lo que entenderíamos por “lugar aterrorizado”: si entendemos por “hogar”, aquello que según la

autora feminista Bell Hooks describe como un marco hospitalario y acogedor, en el que crecemos y nos desarrollamos gracias al cuidado y el afecto de los otros; por el contrario, el "lugar aterrizado" es aquel que ha devenido siniestro, amenazante y hostil debido a determinados agentes causantes del terror.

**Figura 2:** Escuela Lavalle, situada en frente de la plaza principal de Famaillá. Funcionó durante el mismo período que la Escuela Diego de Rojas como centro clandestino transitorio, aunque solo se utilizaron algunas dependencias del edificio, mientras que el resto de las aulas continuaban prestando servicio educativo a los niños de la población. "Las ventanas de algunas aulas lindaban directamente con el lugar donde se reclinaban a los detenidos desaparecidos, razón por la cual los agentes policiales pintaron las ventanas de azul para evitar que alumnos y maestros pudieran ver lo que allí sucedía. Cuentan dos maestras que en una oportunidad un niño raspó la pintura con un clavo y llamó a la docente para mostrarle lo que desde allí se veía: cuerpos que yacían en el suelo" (Cruz et al., p.12-13).



A situaciones de este tipo, de pérdida del hogar, de asedio del lugar propio o, en definitiva, de extrañamiento del mundo, Oslender, las denomina "geografías del terror", esto es, reorganizaciones espaciales en las que se utiliza el miedo como herramienta y dispositivo de poder. Dicha reorganización se lleva a cabo, según el autor, a través de una serie de estrategias coordinadas, como son: aplicación sistemática del terror, materializándolo en la vida cotidiana de un grupo social. De este modo, se crean los "paisajes del miedo"

(algunos ejemplos de estas prácticas pueden ser los controles constantes de la población; cortes de luz; visibilización de operativos militares, incluso de muertos y víctimas en la zona que simulan enfrentamientos con la guerrilla). También se modifica la vida cotidiana de las personas a través de la restricción de la movilidad y alterando prácticas espaciales rutinarias (se fragmenta el espacio, se lo clausura, se lo vigila; se controla quién sale y quién entra de determinados lugares, las actividades que se realizan, incluso, las compras que realizan, etc.). De este modo, afirma Olsender

un sentido de inseguridad generalizado se extiende por el lugar y afecta las formas en que la gente se mueve en sus alrededores. El contexto de terror lleva así a una fragmentación del espacio y rompe dramáticamente la movilidad espacial cotidiana (Olsender, 2008, s.p.).

Por otro lado, se transforma de manera drástica el sentido del lugar. “Las personas empiezan a sentir, pensar y hablar de su lugar de vida de manera distinta, en formas ahora impregnadas de experiencias y memorias traumáticas, y de miedos y angustias” (Olsender, 2008, s.p.). También, se desterritorializa, se desestructura continuamente la cotidianidad, para reterritorializarla seguidamente bajo parámetros distintos. Los efectos de esta extensión de la cultura del terror son demoledores tanto en el plano individual como en el social. Como afirman Isla y Taylor, la sociedad es cosificada, deshumanizada, triturada, hasta generar un verdadero “espacio de muerte” con mutaciones políticas, simbólicas y materiales impredecibles (Isla & Taylor, 1995, p.327).

### **3. Necrolugares: hacia una definición del concepto**

“Podemos pensar el espacio de muerte como un umbral que permite tanto la iluminación como la extinción” (Taussig, 2002).

En solo unos meses, la provincia de Tucumán se pobló de centros clandestinos emplazados en lugares urbanos y rurales, las ciudades se volvieron amenazantes y oscuras, las personas, calles y rutas eran continuamente controladas; incluso, no era extraño divisar algún cadáver con signos de tortura o mutilación en cunetas o descampados, los helicópteros sobrevolaban las poblaciones y de ellos, en más de una ocasión, se arrojaban bultos extraños; los apagones, allanamientos y secuestros eran constantes. En un lapso muy corto de tiempo, Tucumán devino un “necrolugar”, es decir, un espacio en el que el poder sobre la vida y la muerte adquirieron connotaciones cuasi metafísicas.

Para perfilar este concepto voy a retomar la acertada lectura del biopoder que ha realizado Achille Mbembe, para quien las nociones foucaultianas ya no son suficientes a la hora de analizar aquellas estructuras y tecnologías de poder en la que la muerte del otro

y el derecho sobre la vida se han vuelto cotidianos, bajo la implantación del terror político (Mbembe, 2011). Por ello, Mbembe prefiere hablar de un "necropoder" que normaliza la matanza del enemigo utilizando la violencia y todo tipo de estrategias de deshumanización<sup>11</sup>. En sus análisis sobre el colonialismo en África y el racismo, Mbembe define un tipo de soberanía basada en el derecho a matar y en una política como trabajo de la muerte (Mbembe, 2011, p.21). Se trata de un giro fundamental entre un "biopoder" como gestor de vida a un "necropoder" como productor de muerte. Asimismo, el necropoder se sirve del terror como un componente necesario de lo político (Mbembe, 2011, p.27). "Según esta configuración, la violencia constituye la forma original del derecho y la excepción proporciona la estructura de la soberanía" (Mbembe, 2011, p.42). Mbembe utiliza como ejemplo espacial, como ejemplo casi arquitectónico de la materialización de este tipo de poder en cuyo seno reside la muerte del otro, la plantación, la cual, según el autor, es una figura paradigmática del estado de excepción<sup>12</sup>. En la plantación, se produce una triple pérdida: en primer lugar, la del hogar; también, los derechos sobre el cuerpo y, por último y fundamental, el estatus político del esclavo. La plantación sería un paisaje del terror, una "estructura político-jurídica" en la que la muerte social opera como dispositivo de expulsión de la humanidad (Mbembe, 2011, p.32). De este modo, el necropoder genera necrolugares: espacializa, produce lugar, fragmentariza el espacio y lo aterroriza. Poniendo como ejemplo el caso palestino, Mbembe describe esta creación de lugares asediados por el horror, la muerte y el miedo de la siguiente manera, que bien podría aplicarse al caso argentino y, concretamente, a la provincia de Tucumán durante el Operativo Independencia:

El estado de sitio es, en sí mismo, una institución militar. Las modalidades de crimen que este implica no hace distinciones entre enemigo interno y externo. Poblaciones enteras son el blanco del soberano. Los pueblos y ciudades sitiados se ven cercados y amputados del mundo. Se militariza la vida cotidiana. Se otorga a los comandantes militares libertad de matar a quien les parezca y donde les parezca. Los desplazamientos entre distintas células territoriales requieren permisos oficiales. Las instituciones civiles locales son sistemáticamente destruidas. La población sitiada se ve privada de sus fuentes de ingresos. A las ejecuciones a cielo abierto se añaden las matanzas invisibles (Mbembe, 2011, p.53).

Las metodologías y dispositivos de poder utilizados durante la última dictadura militar argentina estuvieron basados en el ejercicio de necro-estrategias, de necropoderes, a través de los cuales se gestionó el supuesto caos y las supuestas amenazas a la patria a base de expandir el terror por todos los rincones del país. Este poder arbitrario, este ejercicio de la soberanía asentado en la muerte y la eliminación de todo posible enemigo, supo visibilizarse



y materializarse de manera casi obscena (Figura 3).

**Figura 3:** El caso del pozo de Vargas es un claro ejemplo de la producción diseñada de un necrolugar. Este antiguo pozo de agua, construido a finales del siglo XIX por una empresa inglesa, para abastecer a los ferrocarriles argentinos, fue utilizado como inhumación clandestina durante la dictadura. Situado a pocos metros de Villa Muñecas, los vecinos de la zona eran testigos de las metodologías del terror más crueles: por las noches, los operativos se iniciaban con el corte de luz en la villa, la entrada de camiones en la finca y el arrojado de los cuerpos, algunas víctimas aún con vida fueron ejecutadas en el propio predio del pozo. La alteridad más radical, procedente de una muerte violenta, convivía con la cotidianidad de los vecinos del barrio. Por ello, podemos afirmar que el pozo no solo cumplió la función de inhumación clandestina para la ocultación de cuerpos, sino que también sirvió a los perpetradores como dispositivo de terror destinado a atemorizar a los habitantes de la zona. Se ha comprobado que toda la parafernalia y puesta en escena utilizada por los militares para arrojar los cuerpos de los detenidos-desaparecidos no fue sino un meditado teatro destinado a la expansión del terror entre los habitantes de las zonas vecinas al pozo (Ataliva et al. 2015, p.196). En este caso concreto, vemos la capacidad que posee un necrolugar para hacer ver, en el sentido de visibilizar y de producir modificaciones simbólicas en la percepción de las colectividades afectadas.



De este modo, Calveiro describe este poder de muerte que llegó a adquirir dimensiones cuasi teológicas y metafísicas:

La exhibición de un poder arbitrario y total en la administración de la vida y la muerte pero, al mismo tiempo, negado y subterráneo, emitía un mensaje: toda población estaba expuesta a un derecho de muerte por parte del Estado. Un derecho que se ejercía con una única racionalidad: la omnipotencia de un poder que quería parecerse a Dios. Vidas de hombres y mujeres, destinos de niños e incluso de seres que aún no habían nacido, nada podía escapar de él (Calveiro, 2004, p.35).

#### 4. Conclusiones: lo extraño, lo cotidiano y lo siniestro

“La memoria, más que un acto de reflexión, es algo que ocurre desde el *cuerpo sentiente* de sujetos individuales o sociales concretos, sobrevivientes de otro peligro, de una catástrofe como experiencia que continúa en su cuerpo físico” (Calveiro, 2003, p.127).

Tal y como he analizado, las modificaciones espaciales realizadas en la provincia de Tucumán tuvieron dos características diferentes, pero relacionadas entre sí: por una parte, se produjeron modificaciones materiales, dentro de un dispositivo de seguridad, en las que lugares y emplazamientos fueron resignificados, apropiados, militarizados y ocupados. Como hemos podido ver, desde el Operativo Independencia, Tucumán se transformaría en una provincia sitiada, bajo el control absoluto de las fuerzas armadas. Por otra parte, y como consecuencia de estas modificaciones de corte material, los emplazamientos sufrieron mutaciones y cambios a nivel simbólico; cambios que formaron parte de ese dispositivo del terror y que produjeron efectos directos en la percepción de los sujetos y de la sociedad en su conjunto. De este modo, lugares que eran cotidianos, acogedores o conocidos, se tiñeron de un halo siniestro, adquiriendo todas las características de lo extraño y lo desconcertante.

Para comprender el alcance de esa extrañeza, retomaremos la fenomenología responsiva de B. Waldenfels, uno de los autores que, desde la filosofía y el psicoanálisis ha sabido abordar toda la complejidad de la extrañeza, aplicándola precisamente a la cuestión del lugar y del espacio. Waldenfels formula el concepto de “extraño”, derivado del adjetivo alemán *fremd*, el cual posee tres dimensiones: lugar, posesión y modo. De ahí que el propio autor denomine su trabajo como una “topografía de lo extraño”, puesto que es la tópica de lo desconocido lo que le interesa. En este sentido, “extraño” es lo que queda fuera del ámbito propio, aquello que siempre nos resulta extranjero; pero también lo es la otredad, lo que pertenece a otro; y, por último, todo aquello que nos resulta diferente,

heterogéneo (Waldenfels, 1997, p.19). Los lugares extraños son aquellos que adquieren, para el sujeto, cierto halo de extranjería, de incomodidad. Marcan los límites con lo propio, con lo conocido y seguro, con todo aquello que, siendo familiar, nos guarece y protege. Los lugares extraños son siempre limítrofes, dado que marcan el límite con lo que somos: nuestro cuerpo, nuestro ser, nuestra casa, calle, barrio, ciudad. El lugar extraño señala, literalmente, el afuera, aquello inaccesible a lo que no pertenezco y que, en cierto modo, puede generar todo tipo de incertidumbres, miedos e inseguridades:

El lugar extraño se muestra, además, como lugar de un tipo especial que no se deja inscribir en una red de lugares en la que nos movemos libremente, puesto que solo se lo puede alcanzar traspasando un lugar; por tanto, no es en absoluto alcanzable totalmente [...] De tal extrañeza como tal forman parte, más bien, la ausencia, la lejanía y la inaccesibilidad, como sucede con el pasado, que no es concebible sino en sus consecuencias o en el recuerdo. Lo extraño no se encuentra en otra parte, se determina a sí mismo como en otra parte, como atópia [...] Extrañeza significa que algo o alguien no está completamente en su sitio (Waldenfels, 1997, p.20).

Es esa condición de atópia y de lugar liminar lo que aquí me interesa. Para Waldenfels, la extrañeza se gesta en nuestra propia piel, en nuestro propio cuerpo, en ese preciso momento en que los límites y las fronteras se tornan permeables, porosas, y el otro invade nuestro espacio vital:

Los límites entre lo propio y lo extraño así originados toman diferentes formas: comienzan con la piel del cuerpo, que envuelve un “yo-piel”, aparecen en forma de paredes, muros, puertas y ventanas que aseguran protección, que permiten o impiden la entrada, aparecen en forma de murallas y fortificaciones que, desde que se puede atacar desde el aire, han perdido por completo sus posibilidades defensivas, aunque a menudo ya habían cedido antes frente a los nuevos paseos y zonas verdes; aparecen en forma de límites territoriales, que comienzan a difuminarse desde que los flujos de comunicación circulan “por los cielos” (Waldenfels, 2004, p.34).

La condición ontológica de lo extraño frente a lo propio, experiencia a la que nos vemos expuestos desde nuestra más tierna infancia, se vuelve problemática, sin embargo, cuando dicha extrañeza comienza a ser amenazadora, cuando lo propio es investido por la desapropiación más cruel. Es ahí cuando lo extraño deviene ominoso, cuando en una vuelta de tuerca impredecible, la mera extrañeza se torna siniestra y todo emplazamiento se vuelve hostil, espinoso y adverso. Calles que otrora resultaban familiares se vuelven



impracticables; espacios públicos para el encuentro, el juego y la comunidad son tomados y cercados; barrios y hasta pueblos enteros son militarizados, clausurados, vigilados de manera continua; escuelas que se transforman en centros de reclusión y se hacen célebres como lugares de tortura y muerte; plazas que se quedan desiertas, solitarias, aterrorizadas por la violencia y la arbitrariedad de los genocidas; vecinos que formaban parte de nuestra comunidad más cercana, devienen sospechosos, informantes, colaboradores. Es, entonces, cuando el lugar extraño se vuelve aterrorizado y cuando poco a poco va mutando hasta convertirse en un necrolugar (Figura 4).

**Figura 4:** Interior de una de las aulas de la Escuelita de Famaillá. Las huellas de la infancia que pasó por estas clases se entremezclan con las marcas siniestras del centro clandestino. La memoria de lo allí sucedido emerge entre paredes carcomidas por la humedad, suelos agrietados y puertas que apenas cierran.



Encontramos esta topografía de lo extraño incluso hoy en toda la provincia de Tucumán y podemos percibirla, si aguzamos nuestra mirada, no solo en aquellos lugares que sirvieron expresamente para expandir y provocar el terror, sino también en numerosas

calles, plazas y barrios, hasta en la mirada de muchos de sus habitantes, marcados por la herida del trauma, signados por la experiencia del horror. Si, en un trabajo de memoria arqueológica, vamos en busca de esas huellas y vestigios, nos encontraremos con esa geografía aterrorizada que modificó espacialmente a toda la Argentina y que aún late en nuestros espacios cotidianos, en nuestros cuerpos y subjetividades. Como la memoria, las ciudades argentinas están plagadas de cicatrices, heridas de ese pasado traumático que siempre consigue emerger haciendo imposible el olvido. Muchos vestigios del llamado “circuito represivo”, diseñado durante el Operativo Independencia (comisarias, escuelas públicas, edificios que sirvieron para recluir a los detenidos), hoy mantienen su misma fisonomía, incluso funciones. Y las heridas traumáticas del genocidio cometido emergen, a pesar del olvido institucional, haciendo visibles las secuelas de lo ocurrido. Como un antiguo palimpsesto, del que se ha querido borrar su pasado, las capas ocultas no dudan en aparecer en cada esquina asediando el presente, desvelando aquello que no hace mucho tiempo sucedió.

A través de este trabajo he intentado, de alguna manera, preguntarme por las posibles resonancias, ecos y reverberancias que transmiten estas paredes, estos emplazamientos, hoy recorridos por otras personas, captadas por otras miradas, o abandonadas bajo la maleza y la naturaleza que amenaza con devorar los vestigios de ese submundo no tan lejano a nuestro presente (Figura 5). Por ello, no he dejado de cuestionarme: ¿qué secuelas y cicatrices en la memoria, en nuestros cuerpos mismos, en lo social, han dejado estos edificios?, ¿cómo convivir con ellos?, ¿acaso es posible resignificarlos, dignificarlos, sin obviar el abismo y el horror que esconden en su interior? Es posible que debamos abordar estos necrolugares esparcidos por todo Tucumán como verdaderas heridas, como lesiones abiertas en su geografía, en sus calles y sus habitantes. Y, como ha señalado Pilar Calveiro, nuestro compromiso respecto a la memoria, no es otro que “pensar la herida”, pensar esa incisión social que ha dejado la dictadura: como una inscripción en la superficie, en los cuerpos, los sujetos y las memorias colectivas, que son imposibles de borrar (Calveiro, 2003, p.126), dado que en esa herida encontraremos la posibilidad de articular y abordar desde parámetros ético-políticos nuestro pasado traumático. Es allí, nos indica Calveiro, que la memoria nos convoca y se vuelve resistente:

En tanto “marcas”, son depósito de una memoria potencial, condensación de lo vivido-sentido, que llama no a una sino a distintas memorias. Una misma marca es capaz de desencadenar más de una memoria. Ciertamente, el poder marca para desaparecer toda resistencia, pero hay una supervivencia de lo resistente que recupera o teje la memoria desde la marca misma, y eso le permite hablar exorcizando el miedo que convoca la marca. Así, la marca es cicatriz

de una herida que se ha infringido con violencia, que es "reservorio" y desencadenante del miedo, pero también puede serlo de la resistencia (Calveiro, 2003, p.128).

**Figura 5:** Un claro ejemplo de estas huellas y cicatrices en la ciudad. Pueden apreciarse en la fotografía algunos edificios que pertenecen a la Jefatura de Policía de Tucumán. Al fondo, obreros hacen una pausa en su trabajo apoyados en el que sirvió para la reclusión de los prisioneros, entre los que se encontraban mujeres embarazadas y madres con niños de corta edad. Estas dependencias fueron utilizadas como centro de detención y tortura desde 1975 y se encuentran situadas en el centro mismo de la ciudad de San Miguel de Tucumán. En la actualidad, las instalaciones son utilizadas por el Ministerio de Educación, de hecho donde se hallaba la zona de tabiques y las celdas hoy están las oficinas del Servicio de Asistencia Social Escolar (SASE). Las mismas salas y pasillos por la que transitaron numerosos detenidos desaparecidos, están dedicadas fundamentalmente a la resolución de trámites burocráticos.



## Notas

- 1 Utilizo aquí la expresión de "terapia del shock" tal y como es analizada por Naomi Klein en el contexto de lo que la autora denomina "capitalismo del desastre". Según Klein, fue el propio Milton Friedman el que crea la expresión para referirse a una situación en la que un grupo social es sometido a un escenario de miedo, crisis o desastre, creado o natural, haciéndolo más vulnerable y, por ende, más moldeable y manipulable. Los terremotos,

inundaciones, huracanes, pero también las guerras, los golpes de estado o los atentados terroristas nos sumen en un estado de shock emocional, de parálisis en el ámbito de la toma de decisiones, generando un ambiente propicio para implementar medidas político-económicas que en otras circunstancias no se aceptarían (Klein, 2012).

- <sup>2</sup> Al igual que sucedió en el nacionalsocialismo, el ideario que motivó tanto a los militares argentinos como a sus cómplices y defensores estuvo plagado de argumentos higienistas o médicos para justificar el exterminio desde metáforas degenerativas. Esta lógica inmunitaria se inoculó a través de distintos discursos emanados por los propios militares, por autoridades pertenecientes a distintos ámbitos de la sociedad argentina y por los medios de comunicación. Un claro ejemplo de estas alegorías lo encontramos en el discurso pronunciado por el nuncio apostólico Pío Laghi en la pequeña ciudad de Concepción durante el mes de junio de 1976: “el país tiene una ideología tradicional, y cuando alguien pretende imponer otro ideario diferente y extraño la Nación reacciona como un organismo con anticuerpos frente a los gérmenes, generándose así la violencia” (López Echagüe, 1991, p.203).
- <sup>3</sup> Para una mayor profundización de este periodo, remitimos, también, a las obras de Emilio Crenzel (2001, 2010), Santiago Garaño (2016) y Pamela Colombo (2011, 2013, 2017).
- <sup>4</sup> Si prestamos atención a los estudios etimológicos que se han realizado del propio nombre de la provincia, resulta curioso que incluso allí encontramos esas contradicciones señaladas por Isla y Taylor. Para muchos investigadores, el origen del nombre de “Tucumán” es un verdadero enigma, en el que algunos estudiosos afirman su procedencia del quechua y recalcan su aspecto negativo: “Tucman” significaría aquel lugar donde todo acaba (entendido como el lugar donde finalizaba el imperio Inca); mientras que otros afirman que su procedencia se deriva de “Yucumán”, lugar donde nacen los ríos.
- <sup>5</sup> Esta investigación no hubiera sido posible sin la ayuda y apoyo de todas aquellas personas que no solo permitieron e hicieron posible nuestra entrada a estos lugares, muchos de los cuales tienen un acceso restringido por ser parte aún de causas judiciales, sino también a todos los grupos de investigación que trabajan en la provincia de Tucumán que de manera altruista dedicaron sus jornadas a acompañarnos y explicarnos el significado de estos emplazamientos. En especial, al grupo coordinado por Patricia Cuenya y Ezequiel del Bel, LIGIAAT (Laboratorio de Investigación del Grupo Interdisciplinario de Arqueología y Antropología de Tucumán), perteneciente a la Facultad de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de Tucumán, con quienes pudimos visitar el Arsenal Miguel de Azcué-naga y su zona de fosas. También a CAMIT (Colectivo Arqueología Memoria e Identidad de Tucumán), que trabaja en el pozo de Vargas. Y a María Coronel, que nos acompañó en Escuelita de Famailá, en calidad de coordinadora del espacio de memoria.
- <sup>6</sup> El presente artículo es una versión ampliada y modificada de “Fenomenología de un necrolugar. Huella, memoria y trauma en la provincia de Tucumán (Argentina)”, publicado en González De Oleaga y Meloni González (2019).
- <sup>7</sup> Son dos las obras que se han conservado como testimonios de primera mano de lo ocurrido en Tucumán a partir de febrero del año 1975: por una parte, el diario de guerra del

propio Acdel Vilas, titulado "Manuscrito sobre el Operativo Independencia", en el que se describen sus primeros meses como Jefe del Operativo Independencia; por otra, el libro editado durante el mandato de Antonio D. Bussi, titulado "Tras la incertidumbre, una esperanza", en cuya portada podemos leer la archiconocida definición de la provincia como "sepulcro de la subversión". Utilizo como subtítulo de esta sección el nombre que lleva la primera parte de este libro en la que se realiza una pormenorizada genealogía de los distintos grupos "subversivos" que operaban en la provincia.

- <sup>8</sup> En sus trabajos de campo realizados en el interior de la provincia, Isla y Taylor recogen testimonios tan estremecedores como este: "...la gente en Acheral, en todos esos pueblos no querían salir, no querían abrir las ventanas, los pueblos parecían cementerios. Se iba a trabajar y se volvía y encerraba, no se veía al vecino...; a la noche, si se escuchaban gritos y ruidos próximos, nadie abría; nadie se enteraba... Atendían al vecino por una mirilla; vecinos de años se preguntaban qué quería, nadie hacía entrar al de al lado, porque quizás estaba sospechado de algo y traía la sospecha a la casa... luego llegaban y preguntaban ¿así que vos recibiste a Fulano?, ¿así que andas haciendo reuniones? ¿de qué hablaban? ¿qué están reuniéndose?" (Isla & Taylor, 1995, p.325).
- <sup>9</sup> Me refiero aquí a la conocida del "perro Familiar", según la cual, un perro endemoniado venido del infierno se dedicaba a devorar a aquellos obreros más contestatarios. Como ha podido demostrarse, se trata de una leyenda creada expresamente por los dueños de los Ingenios que fabricaban y procesaban el azúcar, para controlar a través del miedo todo posible conato de lucha social entre sus obreros. De este modo, el perro Familiar formó parte de los dispositivos del terror utilizados para socavar las fuerzas discordantes de lo social, como el sindicalismo combativo, los trabajadores que tomaban contacto con la guerrilla, etc. Incluso, puede considerarse el "primer dispositivo desaparecedor" utilizado en el país. En este sentido, nos dicen Isla y Taylor: "para los campesinos de Tucumán, la aparición de Vilas y el Ejército en el Operativo Independencia no era diferente del regreso de 'El Familiar'" (Isla & Taylor, 1995, p.326).
- <sup>10</sup> Afirma Julieta Lampasona (2010): "en esa imbricación de los CCD y el conjunto social se fueron conformando regímenes de visibilidad/invisibilidad, formas de saber/no-saber sobre los que se asentó un secreto a voces con efectos de terror. El secreto, señala, se constituye en uno de los nudos centrales del poder, pues allí anida la efectividad de esa dimensión clandestina, oculta y negada, pero al mismo tiempo presente en sus efectos: los sujetos desaparecen —a veces por la noche, a la vista de algunos; a veces durante el día, en plena calle, a la vista de todos—, las familias se cercenan, los espacios colectivos se desarticulan... Ausencias en el mundo de la vida cotidiana que, aunque no se enuncian abiertamente, se intuyen y se viven" (Lampasona, 2013, p.6).
- <sup>11</sup> Para una profundización de este concepto, en relación con el biopoder foucaultiano y la aplicación al caso argentino, remitimos al artículo de Meloni González y Zurita (2018). Asimismo, al libro de Sayak Valencia (2010), donde se definen estas thánato-estrategias de un poder basado en la normalización de la vulnerabilidad, el asesinato y muerte del otro. En el caso concreto de Tucumán, también Santiago Garaño ha aplicado el concepto

de Mbembe para abordar el Operativo Independencia como un ejercicio de la soberanía basado en la hostilidad absoluta y la aniquilación del enemigo (Garaño, 2016, p.17).

- <sup>12</sup> El caso de la plantación es asimismo extrapolable a Tucumán. No podemos desvincular la historia de la caña de azúcar, su desarrollo, expansión y proceso productivo de los años del terror que se implantaron tras el Operativo Independencia. Los Ingenios y su organización son el ejemplo más patente de una sociedad fuertemente estamentizada en clases sociales, racializada y parcelada, en la que las condiciones laborales de los obreros de la zafra fueron siempre las más precarias del país. Tal y como señalan Isla y Taylor, podríamos abordar la producción azucarera y la estructura represiva y disciplinadora que poseían los Ingenios como el germen de las prácticas genocidas y desaparecedoras que se implantarían con la dictadura (Isla & Taylor, 1995). Muchos de estos Ingenios, además, funcionaron bajo el beneplácito de sus dueños como centros clandestinos, como fue el caso de Nueva Baviera que asumió las competencias de la Escuelita de Famaillá cuando esta dejó de utilizarse como centro de reclusión de prisioneros.

## Referencias citadas

- Ataliva, V., Cano, S., Gerónimo, A., Leiva, A., Molina, L., Srur, F., Zurita, R. & de la Vega, J. (2015). Territorio de Memoria "Finca de Vargas" (Tucumán, Argentina). En O. Palacios, C. Vázquez y N. Ciarlo (Eds.), *Patrimonio Cultural: la gestión, el arte, la arqueología y las ciencias exactas aplicadas* (pp. 191-200). Buenos Aires, Argentina: CONICET - Ediciones Nuevos Tiempos.
- Calveiro, P. (2003). Memorias virósicas. Poder concentracionario y desaparición de personas en Argentina. *Acta Poética*, 24(2), 111-134.
- Calveiro, P. (2004). *Poder y desaparición: los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires, Argentina: Colihue.
- Colombo P. (2011). Espacio y desaparición: los campos de concentración en Argentina. *Revista Isegoría*, 45, 639-652. doi: <https://doi.org/10.3989/isegoria.2011.i45.747>
- Colombo, P. (2013). Del traslado de detenidos-desaparecidos o el espacio en movimiento: hacia una fenomenología de la percepción distorsionada. *Papeles de CEIC*, 94, 1-28.
- Colombo, P. (2017). *Espacios de desaparición. Vivir e imaginar los lugares de la violencia estatal (Tucumán, 1975-1983)*. Buenos Aires, Argentina: Miño y Dávila.
- CONADEP (1984). *Nunca Más. Informe final de la Comisión Nacional sobre la desaparición de personas*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Eudeba.
- Crenzel, E. (2001). *Memorias enfrentadas: el voto a Bussi en Tucumán*. Tucumán, Argentina: Universidad Nacional de Tucumán.
- Crenzel, E. (2010). El Operativo Independencia en Tucumán. En F. Orquera (Ed.), *Ese ardiente jardín de la República. "Formación y desarticulación de un "campo" cultural: Tucumán, 1880-1975* (pp. 377 - 400). Córdoba, Argentina: Alción Editora.



- Cruz, M., Jemio, A. S., Monteros, E. & Pisani, A. (2010). Las prácticas sociales genocidas en el Operativo Independencia en Famaillá, Tucumán. Febrero de 1975-Marzo de 1976. *Primeras Jornadas de Historia Reciente del NOA*. Asociación de Historia Oral del Noroeste Argentino (AHONA) - Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán. Recuperado de <http://historiaoralar-argentina.org/attachments/article/1erasjhrnoa/5.2.CRUZ-JEMIO-MONTEROS-PISANI.pdf>
- Dürr, C. (2017). *Memorias incómodas. El dispositivo de la desaparición y el testimonio de los sobrevivientes de los Centros Clandestinos de Detención, Tortura y Exterminio*. Temperley, Argentina: Tren en Movimiento.
- Feierstein D. (2007). *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Ferrándiz, F. (2014). *El pasado bajo tierra. Exhumaciones contemporáneas de la Guerra Civil*. Madrid, España: Anthropos Editorial.
- Foucault, M. (2009). *Sécurité, territoire, population*. Paris, Francia: Seuil/Gallimard.
- Garaño, S. (2016). Soberanía, estado de excepción y seres matables en el teatro de operaciones del Operativo Independencia (Tucumán, Argentina, 1975-1977). *Runa*, 37(2), 5-24.
- González De Oleaga, M. & Meloni González, C. (2019). *Topografías de la memoria: de usos y costumbres en los espacios de violencia del nuevo milenio*. Monográfico Revista Kamchatka, 13. Valencia, España.
- Isla, A. & Taylor, J. (1995). Terror e identidad en los Andes. El caso del noroeste argentino. *Revista Andina*, 13, 311-356.
- Klein, N. (2012). *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Barcelona, España: Editorial Planeta.
- Lampasona, J. (2010). Re-Configuraciones de la identidad. Reflexiones en torno a la figura de los sobrevivientes de los Centros Clandestinos de Detención, Tortura y Exterminio. *VI Jornadas de Sociología de la UNLP*. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata. Recuperado de <https://www.academica.org/000-027/125.pdf>
- Lampasona, J. (2013). Desaparición forzada en Argentina: entre la desaparición y la sobrevida. O sobre la 'regla' y la 'excepción' en el despliegue de la tecnología de poder genocida. *Aletheia*, 3(6), 1-20.
- López Echagüe, H. (1991). *El enigma del general Bussi: De la operación independencia a la operación retorno*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Sudamericana.
- Mbembe, A. (2011). *Necropolítica*. Barcelona, España: Melusina.
- Meloni González, C. & Zurita, R. D. (2018). Biopolítica de la subversión: el museo como dispositivo de invención, construcción y mostración del enemigo. El caso de la Jefatura Central de Policía en Tucumán. En M. González De Oleaga y M. S. Di Liscia (Eds.), *Dossier: Museos, lugares de memoria y democracia en Iberoamérica. A contracorriente* 15(2), 220-244.

- Oslender, U. (2008). Geografías del terror: un marco de análisis para el estudio del terror. *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, XII, 270(144). Recuperado de <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-270/sn-270-144.htm>
- Puget, J. & Kaës, R. (2006). *Violencia de estado y psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Lumen.
- Serres, M. (1994). *El Nacimiento de la Física en el texto de Lucrecio*. Valencia, España: Pre-Textos.
- Taussig, M. (2002). *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje. Un estudio sobre el terror y la curación*. Bogotá, Colombia: Grupo Editorial Norma.
- Valencia, S. (2010). *Capitalismo gore*. Barcelona, España: Melusina.
- Vilas, A. (1977). *Manuscrito sobre el Operativo Independencia*. Bahía Blanca, Argentina. Manuscrito inédito.
- Waldenfels, B. (1997). Respuesta de lo extraño. Rasgos fundamentales de una fenomenología responsiva. *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, 14, 17-26.
- Waldenfels, B. (2004). Habitar corporalmente en el espacio. *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, 32, 21-38.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.5 Argentina.